

Romper el hechizo

Del mismo autor

Dulces sueños: obstáculos filosóficos para una ciencia de la conciencia,

Katz editores, Buenos Aires, 2006

La evolución de la libertad, Barcelona, 2004

La peligrosa idea de Darwin, Barcelona, 1999

La conciencia explicada, Barcelona, 1995

Kinds of minds: Towards an understanding of consciousness, Nueva York, 1997

Brainstorms: Philosophical essays on mind and psychology, Massachusetts, 1981

The mind's I (en colaboración con Douglas Hofstadter), Nueva York, 1981

Brainchildren: Essays on designing minds (Representation and mind),

Massachusetts, 1998

Daniel C. Dennett

Romper el hechizo

La religión como
un fenómeno natural

Traducido por Felipe De Brigard

Primera edición, 2007
Segunda reimpresión, 2013

© Katz Editores
Benjamín Matienzo 1831, 10º D
1426-Buenos Aires
c/Sitio de Zaragoza, 6, 1ª planta
28931 Móstoles-Madrid
www.katzeditores.com - info@katzeditores.com

Título de la edición original: *Breaking the spell.
Religion as a natural phenomenon*
Viking, Penguin Group, Nueva York, 2006
Copyright © 2006 by Daniel C. Dennett
All rights reserved.

ISBN Argentina: 978-987-1283-46-0
ISBN España: 978-84-96859-00-5

1. Religión. 2. Biología. 3. Fenómenos Naturales.
I. De Brigard, Felipe, trad. II. Título
CDD 200

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.
08786 Capellades
Depósito legal: M-18077-2013

Índice

- 11 Prefacio a la edición en español
- 15 Prefacio

- 19 PARTE I: ABRIENDO LA CAJA DE PANDORA

- 21 Capítulo I. ¿Cuál es el hechizo a romper?
- 21 1. ¿Qué está ocurriendo?
- 25 2. Una definición provisional de religión
- 31 3. Romper o no romper
- 37 4. Asomarse al abismo
- 44 5. La religión como un fenómeno natural

- 51 Capítulo II. Algunas preguntas
acerca de la ciencia
- 51 1. ¿*Puede* la ciencia estudiar la religión?
- 57 2. ¿*Debe* la ciencia estudiar la religión?
- 64 3. ¿Acaso la música puede ser dañina?
- 68 4. ¿Será que la negación podría
ser más benigna?

- 79 Capítulo III. Por qué ocurren cosas buenas
- 79 1. Sacar a relucir lo mejor que tenemos
- 81 2. ¿*Cui bono*?
- 96 3. ¿Qué cubre los costos de la religión?
- 101 4. La lista de teorías de un marciano

125 PARTE II: LA EVOLUCIÓN DE LA RELIGIÓN

127 Capítulo iv. Las raíces de la religión

- 127 1. El nacimiento de las religiones
- 134 2. La materia prima de la religión
- 139 3. ¿Cómo se encarga la naturaleza del problema de las otras mentes?

149 Capítulo v. Los primeros días de la religión

- 149 1. Demasiados agentes: la competencia por el espacio de repetición
- 159 2. Los dioses como partes interesadas
- 166 3. Lograr que los dioses nos hablen
- 170 4. Los chamanes como hipnotistas
- 176 5. Dispositivos de ingeniería de memoria en las culturas orales

189 Capítulo vi. La evolución de la protección

- 189 1. La música de la religión
- 192 2. La religión popular como *know-how* práctico
- 200 3. La reflexión progresiva y el nacimiento del secreto en la religión
- 205 4. La domesticación de las religiones

213 Capítulo vii. La invención del espíritu de equipo

- 213 1. Un camino pavimentado con buenas intenciones
- 217 2. La colonia de hormigas y la corporación
- 228 3. El mercado de crecimiento en la religión
- 233 4. Un Dios al que se le puede hablar

241 Capítulo viii. La creencia en la creencia

- 241 1. Es mejor que lo creas
- 252 2. Dios como un objeto intencional
- 259 3. La división de la labor doxástica
- 264 4. ¿El mínimo común denominador?
- 269 5. Creencias diseñadas para ser profesadas

277 6. Lecciones desde el Líbano: los extraños casos
de los drusos y Kim Philby

284 7. ¿Existe Dios?

291 PARTE III: LA RELIGIÓN HOY

293 Capítulo IX. Hacia una guía de compra de religiones

293 1. Por el amor de Dios

303 2. La cortina de humo de la academia

309 3. ¿Por qué es importante lo que uno cree?

315 4. ¿Qué puede hacer su religión por usted?

325 Capítulo X. Moralidad y religión

325 1. ¿La religión nos hace morales?

333 2. ¿Es la religión lo que le da sentido a su vida?

340 3. ¿Qué podemos decir acerca de los valores sagrados?

349 4. Bendice mi alma: espiritualidad y egoísmo

357 Capítulo XI. ¿Qué hacemos ahora?

357 1. Sólo una teoría

364 2. Algunos caminos por explorar: ¿cómo podemos
centrarnos en la convicción religiosa?

371 3. ¿Qué les vamos a decir a los niños?

378 4. Memes tóxicos

385 5. Paciencia y política

Apéndices

393 A. Los nuevos replicadores

411 B. Algunas otras preguntas acerca de la ciencia

433 C. El botones y la dama llamada Tuck

441 D. Kim Philby como un caso real de indeterminación
de la interpretación radical

445 Notas

469 Bibliografía

485 Índice temático

Para Susan

Prefacio a la edición en español

A un año de la publicación en inglés de este libro, he comenzado a verlo como una especie de herramienta, como un instrumento científico diseñado para provocar respuestas en seres humanos y crear así un repertorio de datos para un análisis posterior. Mi sondeo fue informal, no ha sido controlado cuidadosamente y hasta ahora no intenté hacer ningún análisis riguroso del aluvión de datos que he generado. No obstante, hay algunos patrones interesantes que saltan a la vista.

Primero, entre aquellos que han respondido negativamente a mi libro, el odio más visceral provino no de quienes son profundamente religiosos, ¡sino de los autodenominados protectores de las religiones de otras personas! En retrospectiva, ello no es sorprendente, pues, como lo anuncia el primer capítulo, el hechizo que quiero romper es precisamente ése que estas personas están tan profundamente dedicadas a proteger: el escudo, tan difícil de penetrar, de un exagerado respeto santurrón que infecta casi todas las operaciones concernientes a la religión. Estas personas consideran que mi libro es ofensivo, arrogante, irrespetuoso, aunque no sea irrespetuoso *para ellas*; se sienten, ante todo, ofendidas en nombre de otras personas. Aunque creo que esta actitud es enormemente condescendiente, encaja bastante bien con mi teoría: una de las más brillantes adaptaciones de las religiones modernas organizadas es su habilidad para enlistar ejércitos de espectadores que las protejan del examen cuidadoso. Sería aleccionador que estos espectadores interesados leyeran la cantidad de mensajes que he recibido de parte de personas profundamente devotas, quienes no sólo dicen apreciar mi candor

y mi franqueza, sino que le dan la bienvenida al desafío de defender sus convicciones en el tribunal de la razón que mis análisis implican. Por supuesto que debe haber mucha más “gente de fe” que ha tratado de leer mi libro y que lo ha encontrado tan maligno que ni siquiera soportó la idea de comunicarse conmigo. Es una pregunta que me formulo.

Otro grupo que ha respondido con histeria frente al libro son los académicos de los programas de “estudios religiosos” o de “religión comparada” o, más en general, de antropología cultural o de las ciencias sociales “humanistas”, quienes niegan furiosamente que la palabra-con-E (la “evolución”) tenga ninguna importancia frente a cualquier otra cosa que ellos aprecien. Supongo que lo que los vuelve particularmente apopléticos es el hecho de que en los primeros capítulos de mi libro, junto con el Apéndice B, me anticipo a sus jugadas típicas: la refutación por caricatura y la culpabilidad por asociación. Les quito todas las armas que les son familiares, de modo que quedan reducidos a tratar de aporreararme y arañarme con sus propias manos. Dado que esto no funciona muy bien, se quedan sin más alternativa que la de volver a los viejos y cansados epítetos, castigándome por mi “filisteísmo”, mi “reduccionismo”, mi “cientificismo”, y echando mano de caricaturas ya gastadas (la del “gen de Dios” y la del determinismo genético, por ejemplo), como si yo no hubiese refutado de antemano, pacientemente, esas jugadas en el libro al que están respondiendo. Esto se torna un espectáculo intermitentemente divertido.

Por el lado positivo, me ha emocionado la constructiva y entusiasta respuesta de aquellos que ansiaban escuchar mi clamor por una perspectiva más científica, más empírica y más racional de los muchos fenómenos de la religión, y me siento abrumado ya que se me han presentado más oportunidades de participar en proyectos de investigación, conferencias y coloquios de los que sería capaz de manejar aun si multiplicase mi tiempo por doce.

En los Estados Unidos, la voz *política* de aquellos que, sin ser religiosos, están moralmente comprometidos finalmente puede ser escuchada con fuerza y claridad, y está empezando a ser tomada seriamente. Hay aún mucho camino por recorrer antes de que un agnóstico o un ateo confeso puedan ser elegidos para un puesto

público, pero pienso que la rutinaria difamación de los medios en contra de aquellos “que carecen de Dios” es cosa del pasado. Para empezar, en los Estados Unidos las iglesias conservadoras han comenzado a advertir que su aventura con el activismo político ha resultado una colosal desgracia, en la que han sido traicionadas por sus cínicos manipuladores en Washington, han sido avergonzadas por las deplorables políticas favorecidas por su entusiasmo (como las torturas en Guantánamo y en Abu Ghraib) y han hecho el ridículo a través de las campañas anticientíficas del movimiento del Diseño Inteligente.

Ahora, quizá, luego de dejar atrás algo del drama –tanto de la tragedia como de la comedia– podremos dar paso a un examen razonable y justo de los variados y asombrosos fenómenos de la religión, con el fin de entender cómo y por qué logran conseguir tan poderosos efectos. Más allá de qué sea aquello en lo que queramos que la religión se convierta en el siglo XXI, nuestra mejor esperanza es entender cómo se convirtió en lo que es, así como el modo en que funciona, de manera que logremos averiguar dónde hay que empujar antes de empezar a empujar en serio.

Daniel C. Dennett
13 de enero de 2007

Prefacio

Permítanme comenzar con un hecho obvio: soy un autor estadounidense, y este libro está dirigido en primer lugar a lectores estadounidenses. Compartí los borradores con muchos lectores, y la mayor parte de mis lectores no estadounidenses consideraron que este hecho no sólo era obvio sino quizás incómodo, e incluso, en algunos casos, objetable. ¿No podría haber hecho un libro menos provinciano en apariencia? ¿Acaso no debería buscar, como buen filósofo, llegar a la más universal de las audiencias que pueda imaginarse? No. No en este caso, y mis lectores no estadounidenses deben considerar qué pueden aprender acerca de la situación en los Estados Unidos a partir de lo que encuentren en este libro. Aun más inquietante para mí que la reacción de mis lectores no estadounidenses fue el hecho de que muy pocos de mis lectores estadounidenses tenían la menor idea de este sesgo, o, si la tenían, no hicieron objeciones. Se trata de un patrón que es necesario ponderar. Suele observarse –tanto aquí como afuera– que los Estados Unidos son notablemente diferentes del resto de las naciones del primer mundo en cuanto a sus actitudes respecto de la religión, y este libro es, entre otras cosas, un sonar que busca medir las profundidades de dichas diferencias. Decidí que debía expresar los énfasis aquí encontrados si es que quería tener alguna esperanza de alcanzar mi audiencia deseada: los curiosos y concienzudos ciudadanos de mi tierra natal –tantos como fuera posible–, y no sólo los académicos. (No percibí la gracia de predicar frente al coro.) Éste es un experimento en el que me separo de mis intereses en libros anteriores, y aquellos que estén desorientados o desilusionados con dicha separación

ahora saben que tengo mis razones, buenas o malas. Puede ser que no haya dado en el blanco. Ya veremos.

Mi interés por los Estados Unidos es deliberado. Por otra parte, cuando me ocupo de la religión contemporánea, el hecho de haberme interesado primero en el cristianismo y luego en el islamismo y en el judaísmo, aunque no fue intencional, resultó inevitable: simplemente no sé lo suficiente de las otras religiones como para escribir con confianza acerca de ellas. Quizá debería haber dedicado varios años a estudiarlas antes de escribir este libro, pero dado que la urgencia de mi mensaje renació en mí una y otra vez a raíz de acontecimientos recientes, tuve que decidirme por las perspectivas que he sabido manejar hasta ahora.

Una de las diferencias con respecto a mis prácticas estilísticas anteriores es que, por primera vez, coloco las notas al final del libro, y no al pie de página. Usualmente deploro esta práctica, pues obliga al lector educado a mantener en uso un marcador de libro adicional cuando pasa las páginas; pero en esta ocasión decidí que un estilo más amigable para lectores de una audiencia mayor era más importante que la conveniencia de los académicos. Esto me permitió incluir mucho más material de lo usual en notas finales más bien largas, de modo que la inconveniencia recompense a aquellos que buscan argumentos adicionales. Con el mismo propósito, he separado cuatro secciones de material dirigido principalmente a lectores académicos y las he puesto al final del texto principal en forma de apéndices. La referencia a ellos aparecerá en el lugar del texto en el que de otro modo habrían aparecido como capítulos o secciones de capítulos.

Una vez más, gracias a la Universidad de Tufts me ha sido posible jugar a ser Tom Sawyer pintando de blanco el muro con un grupo de notables, valientes y concienzudos estudiantes, en su mayoría de grado, quienes pusieron en vilo sus propias creencias religiosas —a veces profundamente arraigadas— al leer un borrador anterior en un seminario en el otoño de 2004, corregir muchos errores y guiarme dentro de sus mundos religiosos con buen humor y tolerancia ante

mis chanzas y otras ofensas. Si logro encontrar mi audiencia deseada, sus comentarios merecen mucho del crédito alcanzado. Gracias a Priscilla Alvarez, Jacquelyn Ardam, Mauricio Antiñano, Gajanthan Balakaneshan, Alexandra Barker, Lawrence Bluestone, Sara Brauner, Benjamin Brooks, Sean Chisholm, Erika Clampitt, Sarah Dalglish, Kathleen Daniel, Noah Dock, Hannah Ehrlich, Jed Forman, Aaron Goldberg, Gena Gorlin, Joseph Gulezian, Christopher Healey, Eitan Hersh, Joe Keating, Matthew Kibbee, Tucker Lentz, Chris Lintz, Stephen Martin, Juliana McCanney, Akiko Noro, David Polk, Sameer Puri, Marc Raifman, Lucas Recchione, Edward Rossel, Ariel Rudolph, Mami Sakamaki, Bryan Salvatore, Kyle Thompson-Westra y Graedon Zorzi.

Gracias también a mi feliz equipo en el Centro de Estudios de Ciencia Cognitiva, mis monitores académicos, mis asistentes de investigación, mi investigador asociado y mi asistente en el programa. Ellos hicieron comentarios sobre los ensayos de los estudiantes, aconsejaron a los estudiantes incómodos con el proyecto y me aconsejaron a mí; también me ayudaron a elaborar, refinar, corregir y traducir cuestionarios; introdujeron y analizaron datos; retiraron cientos de libros y artículos de bibliotecas y sitios en Internet; colaboraron entre sí, y me ayudaron a mantenerme en la ruta: Avery Archer, Felipe De Brigard, Adam Degen Brown, Richard Griffin y Teresa Salvato. Gracias igualmente a Chris Westbury, Diana Raffman, John Roberts, John Symons y Bill Ramsey por la participación de sus universidades en el proyecto de nuestro cuestionario, aún en proceso, y a John Kihlstrom, Karel de Pauw y Marcel Kinsbourne por indicarme lecturas valiosas.

Agradezco especialmente a Meera Nanda, cuya valerosa campaña para llevar el conocimiento científico de la religión a su India natal fue una de las fuentes de inspiración de este libro, así como para su título. Vean su libro *Breaking the spell of Dharma* (2002) así como su obra más reciente *Prophets facing backwards* (2003).

Los lectores mencionados en el primer párrafo incluyen a algunos que han decidido permanecer anónimos. A ellos les agradezco, así como a Ron Barnette, Akeel Bilgrami, Pascal Boyer, Joanna Bryson, Tom Clark, Bo Dahlbom, Richard Denton, Robert Goldstein, Nick Humphrey, Justin Junge, Matt Konig, Will Lowe, Ian Lustick, Suzanne

Massey, Rob McCall, Paul Oppenheim, Seymour Papert, Amber Ross, Don Ross, Paul Seabright, Paul Slovak, Dan Sperber y Sue Stafford. Una vez más, Terry Zaroff llevó a cabo un impresionante trabajo de corrección y edición para mí, en el que halló no sólo errores estilísticos sino también sustantivas debilidades. Richard Dawkins y Peter Suber me hicieron sugerencias particularmente valiosas en el curso de varias conversaciones, lo mismo que mi agente, John Brockman, y su esposa, Katinka Matson. Y permítanme también agradecer, aunque sin mencionarlas, a las muchas otras personas que a lo largo de los últimos dos años han mostrado algún interés en este proyecto y me han proporcionado sugerencias, consejos y soporte moral que aprecio mucho.

Finalmente, debo agradecer una vez más a mi esposa, Susan, quien hace de cada uno de mis libros un dueto, no un solo, de modos que nunca alcanzo a calcular.

Daniel Dennett

Parte I

Abriendo la caja de Pandora

I

¿Cuál es el hechizo a romper?

1. ¿QUÉ ESTÁ OCURRIENDO?

Y les habló muchas cosas en parábolas. Les dijo: “Una vez salió el sembrador a sembrar. Y al sembrar, unas semillas cayeron a lo largo del camino; vinieron las aves y se las comieron”.

Mateo 13: 3-4

Si “la supervivencia del más apto” tiene alguna validez como eslogan, entonces la Biblia parece un buen candidato para el galardón del más apto de los textos.

Hugh Pyper, “The selfish text: The Bible and memetics”

Vemos una hormiga en el prado, escalando laboriosamente una hoja de pasto, más y más alto, hasta que cae. Luego escala otra vez, y otra vez, como Sísifo empujando su roca, siempre intentando alcanzar la cima. ¿Por qué la hormiga hace eso? ¿Qué beneficio busca para sí misma en esta actividad tan fatigosa e inusual? Ésta es, justamente, la pregunta equivocada. No le produce ningún beneficio biológico. La hormiga no está tratando de obtener una mejor vista del territorio, ni está buscando alimento, ni está intentando exhibirse frente a una potencial pareja, por ejemplo. Su cerebro ha sido confiscado por un diminuto parásito, una pequeña duela (*Dicrocoelium dendriticum*), que necesita llegar al estómago de una oveja o de una vaca

con el fin de completar su ciclo reproductivo. Este pequeño gusano del cerebro conduce a la hormiga a determinada posición para beneficio de *su* progenie, no de la progenie de la hormiga. Éste no es un fenómeno aislado. Parásitos manipuladores similares infectan a los peces y a los ratones, entre otras especies. Estos autoestopistas hacen que sus anfitriones se comporten de modo inusual, incluso de modos suicidas, todo por el beneficio del huésped, no del anfitrión.¹

¿Acaso a los humanos les ha ocurrido alguna vez algo semejante? De hecho, sí. Con frecuencia encontramos a seres humanos que dejan de lado sus intereses personales, su salud, sus oportunidades de tener hijos, y dedican sus vidas enteras a fomentar los intereses de una *idea* que se ha alojado en sus cerebros. La palabra árabe *islam* significa “sumisión”, y todo buen musulmán da testimonio, ora cinco veces al día, da limosna, ayuna durante el mes de Ramadán y trata de cumplir con la peregrinación, o *hajj*, a La Meca, todo en nombre de la idea de Alá y de Mahoma, el mensajero de Alá. Por supuesto, los cristianos y los judíos actúan de modo similar, dedicando sus vidas a predicar la Palabra, haciendo inmensos sacrificios, sufriendo con coraje, arriesgando sus vidas por una idea. Así también los sijs, los hindúes y los budistas. Y no hay que olvidar a los miles de humanistas seculares que han dado sus vidas por la Democracia, o la Justicia, o simplemente la Verdad. Hay muchas ideas por las que vale la pena morir.

Nuestra capacidad para dedicar nuestras vidas a algo que consideramos más importante que nuestro propio bienestar personal—más importante incluso que nuestro imperativo biológico de engendrar descendencia—es una de las cosas que nos diferencian del resto de los animales. Es posible que la madre de un oso defienda con coraje un pedazo de comida y que ferozmente proteja a su oseño, o incluso su guarida vacía, pero probablemente más gente ha muerto en el valiente intento por proteger textos y lugares sagrados que en el intento por resguardar sus provisiones de alimento, o a sus hijos y sus hogares. Al igual que otros animales, tenemos incorporado el deseo de reproducirnos y de hacer casi cualquier cosa que sea necesaria para conseguirlo, pero también tenemos credos y la capacidad de trascender nuestros imperativos genéticos. Si bien esto nos hace diferentes, en sí mismo no es más que un hecho biológico, visi-

ble para la ciencia natural, y que requiere de una explicación desde la ciencia natural. ¿Cómo fue posible que los individuos de una sola especie, el *Homo sapiens*, llegaran a poseer tan extraordinaria perspectiva sobre sus propias vidas?

Casi nadie diría que lo más importante en la vida es tener más nietos que los que tienen nuestros rivales. No obstante, éste es, por defecto, el *summum bonum* de todos los animales salvajes. No conocen otra alternativa. Tampoco pueden. Simplemente, son animales. Aunque existe, al parecer, una interesante excepción: el perro. ¿Acaso no puede, “el mejor amigo del hombre”, exhibir una devoción que claramente rivaliza con la de su amigo humano? ¿No llegaría incluso a morir, si fuera necesario, por proteger a su amo? Sí. De hecho, no es mera coincidencia que este rasgo tan admirable se encuentre en las especies domésticas. Los perros de hoy son descendientes de los perros que nuestros ancestros amaron y admiraron en el pasado; sin siquiera intentar criarlos para que fueran leales, se las arreglaron para lograrlo, sacando así a relucir lo mejor (tanto para ellos como para nosotros) de nuestros compañeros animales.² ¿Acaso inconscientemente copiamos esta devoción por un amo en nuestra propia devoción a Dios? ¿Formábamos acaso perros a nuestra imagen y semejanza? Quizá. Pero entonces, ¿de dónde obtuvimos nuestra devoción a Dios?

La comparación con la que comencé —entre un gusano parásito invadiendo el cerebro de una hormiga y una idea invadiendo un cerebro humano— probablemente parezca traída por los pelos y hasta extravagante. A diferencia de los gusanos, las ideas no están vivas y no *invaden cerebros*; son *creadas por mentes*. Aunque ciertas, ninguna de estas objeciones es tan contundente como puede parecer a primera vista. Las ideas no están vivas, no pueden ver hacia dónde van y, aun si pudieran ver, no tienen extremidades con las cuales conducir un cerebro anfitrión. Cierto, pero una pequeña duela tampoco es un brillante científico. En realidad, no es más inteligente que una zanahoria. Ni siquiera tiene un cerebro. Lo único que tiene es la buena fortuna de haber sido dotada de características que afectan a los cerebros de las hormigas de este modo tan útil, cuando quiera que entre en contacto con ellos. (Estos rasgos son como las manchas en forma de ojo en las alas de las mariposas, que algunas veces engañan a los pájaros depredadores haciéndoles creer que un

animal de mayor tamaño los está observando. Los pájaros se alejan asustados, pero aunque las mariposas se benefician, no son más sabias por ello.) Si fuera diseñada adecuadamente, una idea inerte *podría* tener un efecto benéfico sobre el cerebro ¡sin siquiera saber que lo estaba llevando a cabo! Y si así lo hiciera, podría prosperar precisamente por haber tenido tal diseño.

La comparación entre la Palabra de Dios y una pequeña duela es perturbadora, pero la idea de comparar una idea con un objeto vivo no es nueva. Tengo frente a mí una partitura, escrita sobre un pergamino a mediados del siglo XVI, que encontré hace cincuenta años en un puesto de libros en París. El texto (en latín) narra la moraleja de la parábola del Sembrador (Mateo 13): *Semen est verbum Dei; sator autem Christus*. La Palabra de Dios es la semilla, y el sembrador de la semilla es Cristo. Al parecer, estas semillas se enraízan en los seres humanos individuales, haciendo que ellos las propaguen por doquier (y, a cambio, los humanos anfitriones obtendrían la vida eterna: *eum qui audit manebit in eternum*).

¿Cómo crean las mentes las ideas? Es posible que sea por inspiración milagrosa, o quizá por medios más naturales, pero, como quiera que sea, las ideas se propagan de mente en mente, sobreviviendo a traducciones entre distintos lenguajes, viajando como polizones en canciones, iconos, estatuas y rituales, reuniéndose de nuevo en extrañas combinaciones en el interior de las cabezas de ciertas personas, donde dan lugar a nuevas “creaciones”, que, si bien comparten un rasgo de familia con las ideas que las inspiraron, adquieren nuevas características y nuevos poderes a medida que viajan. Y quizás alguna de estas “locas” ideas que invadió inicialmente nuestras mentes haya engendrado descendientes que han sido domesticados y domados, en nuestro intento por convertirnos en sus amos, o al menos en sus guardianes, sus pastores. ¿Cuáles son los ancestros de las ideas domesticadas que proliferan hoy? ¿Dónde se originaron y por qué? Una vez que nuestros ancestros se dieron a la tarea de difundir dichas ideas, no sólo acogiéndolas sino también abrigándolas, ¿cómo pudo esta *creencia en la creencia* transformar las ideas que estaban difundiéndose?

Las grandes ideas de la religión han mantenido a los seres humanos cautivados durante miles de años, mucho más que el tiempo

registrado por la historia, aunque no más que un pequeño instante en el tiempo biológico. Si queremos entender la naturaleza de la religión hoy como un fenómeno natural, debemos atender no sólo a lo que ella es actualmente, sino a lo que solía ser. La explicación de los orígenes de la religión, que proporciono en los siguientes siete capítulos, nos proveerá de una nueva perspectiva, desde la cual, en los últimos tres capítulos, podremos considerar lo que la religión es hoy día y por qué significa tanto para tantas personas, así como aquello en lo que éstas puedan haber errado o acertado al intentar comprenderse a sí mismas en cuanto personas religiosas. Entonces lograremos ver mejor hacia dónde podría estar dirigiéndose la religión en un futuro cercano, nuestro futuro en este planeta. No puedo pensar en investigar ningún tema más importante que éste.

2. UNA DEFINICIÓN PROVISIONAL DE RELIGIÓN

Hay filósofos que entienden el significado de ciertas palabras hasta que apenas conservan algo de su sentido originario; llaman “Dios” a cualquier nebulosa abstracción que ellos mismos se forjaron, y entonces se presentan ante el mundo como deístas, creyentes en Dios, y pueden gloriarse de haber discernido un concepto superior, más puro, de Él, aunque su Dios sea apenas una sombra sin sustancia y haya dejado de ser la poderosa personalidad de la doctrina religiosa.

Sigmud Freud, *El porvenir de una ilusión**

¿Cómo puedo definir la religión? No sólo importa cómo la defina, dado que pienso examinar y discutir fenómenos adyacentes que (probablemente) no son religiones —como la espiritualidad, el com-

* La cita pertenece a la edición española: Sigmund Freud, *El porvenir de una ilusión*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986, t. XXI, p. 32. [N. del E.]

promiso con organizaciones seculares, la devoción fanática de los grupos étnicos (o de los equipos deportivos), la superstición, etc.—. De modo que dondequiera que “trace la raya”, en todo caso ya la habré cruzado. Como se verá, lo que usualmente llamamos religiones son compuestos de una variedad de fenómenos bastante distintos, que aparecen en distintas circunstancias y que tienen diferentes implicaciones, y que forman una vaga familia de fenómenos, y no una “clase natural”, como los elementos químicos o las especies.

¿Cuál es la esencia de la religión? Esta pregunta debe considerarse con una cuota de desconfianza. Incluso si existe una profunda e importante afinidad entre varias de ellas, tal vez entre la mayor parte de las religiones del mundo, sin duda existen variantes que, aunque comparten algunas características típicas, carecerán de una u otra característica “esencial”. Con el avance de la biología evolutiva durante el último siglo, gradualmente llegamos a apreciar las profundas razones que existen para agrupar a los organismos vivos del modo en que lo hacemos; hoy sabemos que las esponjas son animales, que los pájaros están más relacionados con los dinosaurios de lo que lo están las ranas, y que todavía se descubren muchas nuevas sorpresas cada año. De modo que debemos esperar —y tolerar— algunas dificultades que puedan aparecer en nuestro intento por alcanzar una definición a prueba de contraejemplos de algo tan diverso y complejo como lo es la religión. Los tiburones y los delfines se parecen mucho y se comportan de modos muy similares, pero sin embargo no son en absoluto el mismo tipo de cosa. *Quizás* una vez que hayamos comprendido mejor todo el campo, podremos ver que el budismo y el islamismo, a pesar de sus grandes similitudes, merecen ser considerados como dos especies enteramente diferentes de fenómenos culturales. Podemos comenzar con el sentido común y la tradición, y considerar a ambos como si fueran religiones; sin embargo, no debemos cegarnos a nosotros mismos frente a la posibilidad de que nuestras discriminaciones iniciales tengan que ser ajustadas a medida que sabemos más. ¿Por qué es más fundamental *amamantar a los hijos que vivir en el océano?* ¿Por qué es más fundamental *tener espina dorsal que tener alas?* Puede parecer obvio ahora, pero no lo fue al comienzo de la biología.

En el Reino Unido, la legislación sobre la crueldad con los animales traza una importante línea moral entre los animales vertebrados e invertebrados: por lo que concierne a la ley, se puede hacer lo que se desee a un gusano vivo, a una mosca o a un langostino, pero no a un pájaro vivo, a una rana o a un ratón. Parecería ser un muy buen lugar para trazar la línea divisoria. Sin embargo, las leyes pueden ser rectificadas, como ocurrió con ésta. El caso es que los cefalópodos —como los pulpos, los calamares y las sepias— fueron recientemente nombrados *vertebrados honorarios*, debido a la impresionante sofisticación de sus sistemas nerviosos, muy distintos a los de sus cercanos primos moluscos, las almejas y las ostras. Me parece que éste es un ajuste político inteligente, dado que las similitudes que la ley y la moralidad toman en cuenta no tienen por qué alinearse perfectamente con los profundos principios de la biología.

Quizá nos encontremos con que en el intento por trazar una frontera entre la *religión* y sus vecinos más cercanos entre los fenómenos culturales es preciso enfrentar problemas similares, aunque más fastidiosos. Por ejemplo, dado que la ley (en los Estados Unidos, al menos) singulariza las religiones otorgándoles un estatuto especial, el hecho de declarar que algo que había sido considerado como una religión resulta ser, en realidad, una cosa distinta, está destinado a causar más que un mero interés académico en aquellos que se encuentren involucrados. La Wicca (brujería) y otros fenómenos de la Nueva Era han sido promovidos como religiones por sus adeptos, precisamente con el fin de elevarlos al estatuto legal y social del que tradicionalmente las religiones han gozado. Y, en dirección opuesta, hay quienes sostienen que la biología evolutiva es en realidad “sólo otra religión” y que, por tanto, sus doctrinas no tienen lugar en el currículo de las escuelas públicas. Desde la protección legal, el honor y el prestigio, hasta *la tradicional exención de ciertos tipos de análisis y críticas*, en realidad es mucho lo que depende de cómo se defina la religión. Entonces, ¿cómo debemos manejar este delicado asunto?

Tentativamente, propongo definir las religiones como *sistemas sociales cuyos participantes manifiestan creencias en agentes sobrenaturales o en agentes cuya aprobación ha de buscarse*. Ésta, por supuesto, es una rebuscada manera de articular la idea de que la religión sin *Dios* o sin *dioses* es como un vertebrado sin espina dorsal.³

Algunas de las razones en favor de esta circunlocución lingüística son bastante obvias; otras emergerán con el tiempo, y hay que tomar nota de que esta definición está sujeta a revisión, que es sólo un punto de partida, no algo grabado en piedra que ha de ser defendido hasta la muerte. De acuerdo con esta definición, un fervoroso club de fanáticos de Elvis Presley no es una religión; a pesar de que sus miembros puedan, en un sentido bastante obvio, *adorar* a Elvis, no lo consideran un ser literalmente sobrenatural, sino simplemente un ser humano que fue particularmente genial. (Y si algún club de fanáticos decide que Elvis es verdaderamente inmortal y divino, entonces estarán en camino de comenzar una nueva religión.) Un agente sobrenatural no necesita ser demasiado *antropomórfico*. El Jehová del Antiguo Testamento es sin duda una especie de hombre (no de mujer) divino, que ve con los ojos, oye con los oídos y habla y actúa en tiempo real. (Dios *esperó a ver* lo que Job haría, y *entonces le habló* a él.) Muchos cristianos, judíos y musulmanes contemporáneos insisten en que, por el hecho de ser omnisciente, Dios, o Alá, no requiere de órganos de los sentidos y que, por el hecho de ser eterno, no actúa en tiempo real. Esto es realmente enigmático, dado que muchos de ellos continúan rezándole a Dios, no sólo con la esperanza de que Él *responda* a sus plegarias al día siguiente, sino también para expresarle gratitud por haber *creado* el universo, y suelen utilizar muchas locuciones del estilo de “lo que Dios quiere que hagamos” y “Dios es misericordioso”, actos que *parecen* hallarse en total contradicción con su insistencia en que Dios no es de ningún modo antropomórfico. De acuerdo con una tradición ya duradera, esta tensión entre un Dios como agente y un Dios como un Ser eterno e inmutable es una de esas cosas que simplemente están más allá de la comprensión humana, y que sería tonto y arrogante tratar de comprender. Así es como debe ser; y aunque este tema será tratado luego más cuidadosamente en mi libro, no podremos proceder con mi definición de religión (o con cualquiera, en realidad) hasta que (tentativamente, y con la posibilidad de una posterior clarificación) tengamos un poco más de claridad sobre el espectro de perspectivas discernibles a través de esta pía niebla de modesta incompreensión. Antes de decidir cómo han de clasificarse las doctrinas que estas personas adoptan, debemos ir más allá con nuestra interpretación.

Para algunas personas, orar no es literalmente *hablar con Dios* sino, más bien, una actividad “simbólica”, una manera de hablar *con uno mismo* acerca de nuestras más profundas preocupaciones, en un sentido metafórico. Algo así como empezar una anotación en el diario diciendo “Querido diario”. Si lo que ellas llaman Dios *no* es a sus ojos realmente un agente, un ser que pueda *responder* a sus plegarias, *aprobar* o *desaprobar*, *recibir* sacrificios y *distribuir* castigos y perdones, entonces, a pesar de que llamen Dios a este ser, y de que se sientan sobrecogidos ante *él* (no a *Él*), de acuerdo con mi definición, su credo, cualquiera que sea, no es realmente una religión. Tal vez sea un magnífico (o terrible) sustituto de la religión, o de una religión *anterior*, un descendiente de una religión genuina que comparte muchos rasgos de familia con la religión, pero que en sí constituye una especie totalmente distinta.⁴ Con el fin de aclarar qué *son* las religiones, habrá que admitir que algunas religiones pueden haberse convertido en cosas que ya no cuentan como religiones. Ciertamente, esto ocurrió con algunas prácticas y tradiciones que solían ser parte de religiones genuinas. Los rituales de la fiesta de las brujas (Halloween) ya no son rituales religiosos, al menos en América del Norte. Las personas que realizan grandes esfuerzos y gastos para participar en ellos no están, por ese hecho, practicando una religión, aun cuando sus actividades puedan localizarse claramente en la línea de descendientes de prácticas religiosas. La creencia en Papá Noel también ha perdido su estatuto como creencia religiosa.

Para otros, la oración es realmente hablar con Dios, quien (y no *aquello que*) realmente escucha y perdona. De acuerdo con mi definición, su credo *es* una religión siempre y cuando no conformen una congregación con un solo miembro, sino que formen parte de un sistema social mucho mayor. En este sentido, mi definición se opone profundamente a la de William James ([1902], 1986: 44),* quien definió la religión como “los sentimientos, los actos y las experiencias de hombres particulares en soledad, en la medida en que se ejercitan en mantener una relación con lo que consideran la divinidad”. Él no tendría ninguna dificultad en identificar a un creyente

* Todas las citas de esta obra pertenecen a la edición española: William James, *Las variedades de la experiencia religiosa*, 2 vols., Buenos Aires, Hyspamérica, Col. “Biblioteca Personal Jorge Luis Borges”, 1986. [N. del E.]

solitario como si fuera una persona con una religión; aparentemente, él mismo era un creyente de este estilo. El interés central en la *experiencia* religiosa individual y privada fue una elección táctica por parte de James. Pensó que los credos, los rituales, los atavíos y las jerarquías políticas de la religión “organizada” desviaban nuestra atención de la raíz del fenómeno, y si bien este camino táctico produjo maravillosos frutos, lo cierto es que James difícilmente podría negar que aquellos factores sociales y culturales afectaran inmensamente al contenido y a la estructura de la experiencia individual. Hoy día existen muchas razones para reemplazar el microscopio psicológico de James por un telescopio gran angular biológico y social, que permita observar los factores que moldean las experiencias y las acciones de las personas religiosas a lo largo de amplias extensiones, ya sea espaciales o temporales.

Y así como James difícilmente podría negar estos factores sociales y culturales, difícilmente podría negar yo la existencia de individuos que sincera y devotamente se consideran los comulgantes solitarios de lo que podríamos llamar “religiones privadas”. De manera típica, estas personas han tenido una considerable experiencia con una o más de las religiones del mundo, y han decidido luego no ser uno de sus partidarios. Como no quiero ignorarlas, y me enfrento con la necesidad de distinguirlas de las (muchísimo más) típicas personas religiosas que se identifican a sí mismas con un credo o con una iglesia particular de miembros mucho más numerosos, voy a llamarlas personas *espirituales*, no *religiosas*. Si se quiere, son vertebrados honorarios.

Hay muchas otras variantes que consideraremos a su debido tiempo. Por ejemplo, las personas que rezan y creen en la eficacia de sus plegarias, pero que no creen que esta eficacia haya sido canalizada a través de un Dios agente que escucha literalmente sus oraciones. Quiero, sin embargo, posponer las consideraciones relativas a todos estos asuntos hasta que logremos mayor claridad respecto de dónde surgen estas doctrinas. De acuerdo con lo que propongo, el fenómeno central de la religión invoca dioses que son agentes efectivos en tiempo real, y que juegan un rol central en la manera en que los participantes piensan acerca de lo que deben hacer. Estoy usando aquí la evasiva palabra “invocar” porque, como veremos en un capítulo posterior,